

Michele colgado de un farol del puerto, los ojos enormes, las manos apretadas todavía en los bolsillos. Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos.

Sobre los círculos del agua donde Michele había desaparecido flotaba sólo su abrigo vacío, con los brazos abiertos como una cruz. La campana de la boya roja en mitad del puerto doblaba a muerte por el compañero desaparecido, movida por las olas. Debajo del agua el cable de la boya anclada terminaba en un nudo corredizo, con la cabeza de Michele dentro. Pero la cabeza de Michele salía a la superficie, verde de algas, los ojos muy abiertos; daba un grito. El viejo padre con su traje de cazador se levantaba en la noche y empezaba a orinar gimiendo, enorme sobre todos ellos. Los ríos se desbordaban, todos los hombres buenos y malos quedaban sumergidos. Los órganos del viejo, cansados de haber engendrado a todos los hombres, ahora anegaban el universo. Sólo Piel-de-serpiente huía por la tierra en busca de salvación, acariciándose las manos sudadas, humedecidas por el agua podrida del bidé del hotel. Pero cada ataúd estaba ocupado por un muerto que él había matado, la crecida lo rodeaba por todas partes, lo arrastraba en un remolino.

Esa noche la camioneta se había retrasado y todos decían con alivio que no llegaría. Michele esperaba asomado a la oscuridad. Llegaron en cambio cuatro autobuses de turismo, conducidos por soldados alemanes. Hubo agitación entre los reclusos, preguntas, suposiciones. El coronel subió en seguida con la lista y los llamó uno por uno. A Michele y Diego los llamaron junto con los otros, por los nombres falsos que habían dado; incluso el de Michele el coronel lo pronunció mal, como si nunca lo hubiera oído.

Los prisioneros fueron separados en cuatro grupos que entraron de a uno en los autobuses. Diego y Michele se encontraron juntos, todavía unidos a aquella multitud casi celosa de la injusticia sufrida. Entre las voces ansiosas de los hombres circuló un nombre salido no se sabía de dónde: "Marassi, Marassi. Nos llevan a Marassi". Pero aquel nombre casi tranquilizaba a Michele y Diego, quería decir abandonar la angustia de la muerte próxima, el ambiguo Piel-de-serpiente, los lugares conocidos atestados de insidias.

Diego sentía el abrigo áspero de Michele debajo de sus dedos, la sangre que volvía a ganar sus arterias. Dijo:

-¿No te dije que Luciano es un cuentero? ¿No te lo dije?

-Y Michele repetía:

-¡Vaya cuentero, hostia! -con una sonrisa más suelta, como gastando una broma.

Y los dos compañeros comprendieron que a partir de entonces cualquiera que fuese su destino: sangre, gritos, agotamiento, sentirían sin embargo el gusto sanguíneo de estar vivos y de compartir el dolor como el pan. Un áspero sabor de vida los acompañaría en adelante, en las galerías de Marassi llenas de gritos, en los barracones desolados del Norte, hasta el regreso.

## El Cantar de Roldán

Versión de Felipe Teixidor

Nota preliminar

El Cantar de Roldán, el más antiguo de los cantares de gesta franceses, fue escrito entre 1110 y 1125; su autor quizás haya sido el Tuoldus que aparece al final del poema. Se basa en un acontecimiento histórico.

En 1832 se descubrió la redacción más antigua de El cantar de Roldán, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

La presente versión se basa en el texto manuscrito número 23 perteneciente al fondo Digby de la mencionada Biblioteca, y que fue puesto al francés moderno por Joseph Bédier.

## El Cantar de Roldán

*...De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. (En: Don Quijote.)*

### I

Carlos, el rey, nuestro emperador, el grande, siete años cabales ha morado en España. Ha conquistado la altiva tierra hasta el mar. No hubo castillo que ante él resistiera ni ciudad ni muralla que él no abatiese. Salvo Zaragoza, que se levanta sobre una montaña, sometida al rey Marsil, que no ama a Dios: es Mahoma a quien sirve y es Apolo a quien invoca. No podrá guardarse de la desgracia que le acecha.

### II

Está el rey Marsil en Zaragoza. Allá se fue a un vergel, bajo su sombra se acuesta sobre una grada de mármol azul. Son más de veinte mil los que le rodean. Llama a sus condes y a sus duques:

-Entended, señores, qué plaga nos azota. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha llegado a este país, para confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla ni mi gente posee la fuerza para quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis hombres sabios, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda una sola palabra si no es Blancandrín, del castillo de Maluenda.

## III

Era Blancandrín mesurado entre los paganos. Por su arrojo, buen caballero; por su llaneza, buen consejero de su señor. Así dice al rey:

-¡No os espantéis! Mandad a Carlos, el orgulloso y denodado, palabras de fiel servicio y de grande amistad. Le daréis osos, leones y canes, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana. Con ellos podrá pagar largamente a sus soldados. Hacedle saber que ya luchó bastante en esta tierra. Que debe tomar ya a Francia, a Aquisgrán, y que vos le seguiréis allí, en la fiesta de San Miguel, para recibir la ley de los cristianos. Que por vuestro honor y vuestro bien, queréis ser vasallo suyo. Si rehenes quiere, enviadlos presto. Diez o veinte para mejor lograr su confianza. Enviémosle los hijos de nuestras mujeres. Perezca él, yo le enviaría el mfo. Mejor es que ellos pierdan sus cabezas y no que nosotros perdamos, nosotros, franquicia y señoría, y que nos veamos llevados a mendigar.

## IV

Dice Blancandrín:

-Por mi diestra y por la barba que flota al viento sobre mi pecho, a la hora veréis desbaratarse a los ejércitos de Francia. Los francos se irán a Francia: es su tierra. Y cuando retornen cada uno a su feudo más preferido, y Carlos a Aquisgrán, su capilla, en el día de San Miguel tendrá su alta corte. La fiesta pasará, el plazo cumpliráse, el rey no sabrá de nosotros ni palabra ni nueva. Es orgulloso, y cruel su corazón, y mandará cortar los pies de nuestros rehenes. Más vale que allá pierdan ellos sus cabezas y no perder nosotros la clara España, la hermosa, y que no padezcamos males y angustias.

-¡Tal vez dice verdad! -se dicen los infieles.

## V

El rey Marsil, celebrado su consejo, llama a Clarís de Balaguer, a Tamarite y a Endropín, su par; a Priamón, Guarlán el barbudo, Maquiner y su tío; a Maheu, Joüner y Malbino de Ultramar, y a Blancandrín, para manifestar su pensamiento. Entre los más felones ha escogido a diez.

-Señores barones, iréis a Carlomagno, que ahora cerca la ciudad de Cordres. Llevaréis en vuestras manos ramas de olivo, que significa paz y humildad. Si por vuestra destreza logro un buen acuerdo, yo os regalaré pilas de oro y plata, y las tierras y feudos que queráis.

-¡Colmado nos han! -dicen los infieles.

## VI

El rey Marsil, acabado su consejo, dice a los suyos:

-Iréis, caballeros, con ramas de olivo en la mano, a decir a Carlomagno, el rey, que, en nombre de su Dios, me otorgue su merced; que antes de acabado un mes irá a su zaga con mil de mis vasallos; que yo recibiré la ley cristiana y me convertiré en su vasallo en todo amor y en toda fe. En verdad, si rehenes quiere, los tendrá.

Dice Blancandrín: -Así obtendréis un buen acuerdo.

## VII

Marsil hace traer diez mulas blancas que le envió el rey de Cilicia. De oro son los frenos: las sillas, recamadas están de plata. Jinetes en ellas van los mensajeros, llevando en las manos ramas de olivo. Fueron a Carlos, que tiene a Francia en su baiffo. Carlos no puede guardarse: le engañarán.

## VIII

Se ha puesto jubiloso el emperador y de buen humor. Córdoba ya es suya, las murallas ha destruido. Las piedras de sus catapultas derrumbaron los torreones. Grande es el botín que recogieron allí los caballeros: oro, plata y preciosas armaduras. Ni un infiel ha quedado en la ciudad; todos fueron muertos o hechos cristianos.

En un gran vergel está el emperador. A su vera Roldán y Oliveros, el duque Sansón y el altivo Anseis, Godofredo de Anjou, gonfalonero del rey, y Garín y Gerer, con otros muchos caballeros de la dulce Francia, hasta quince mil. Sentados están sobre blancos tapices de seda, jugando al ajedrez y a las damas los más viejos y graves, mientras esgrimen sus espadas los ágiles donceles. Bajo un pino, cerca de un agapando, han aderezado un trono, todo él de oro puro. Está allí sentado el rey, el dueño de la dulce Francia. Blanca es su barba y florida su cabeza. Hermoso el cuerpo y fiero su talante. A quien le busque, no es preciso mostrarlo. Los mensajeros ponen pie a tierra y le saludan con todo amor y con todo bien.

## IX

Blancandrín habla él el primero, y dice al rey:

-¡Salud, en nombre de Dios Glorioso, a quien debemos adorar! Escuchad lo que os dice el esforzado rey Marsil. Sabedor de la ley que salva, quiere, de sus riquezas, daros a manos llenas. Osos y leones y lebreles encadenados, setecientos camellos y mil azores mudados. Más cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana, colmados de tan gran número de besantes de oro fino, que os bastan para pagar largamente a vuestros soldados. Pero ya morasteis mucho tiempo en este país. Os viene bien de regresar a Francia, a Aquisgrán. Allí os seguirá mi señor; él os lo asegura.

El emperador tiende sus manos hacia Dios, inclina la cabeza y comienza a meditar.

## X

Aún está el rey con la cabeza inclinada. Su palabra jamás fue apresurada; tal es su costumbre, no habla más que a su gusto. Cuando se irguió, al fin, su rostro estaba lleno de fiereza. Y dice a los mensajeros:

-Bien hablasteis. Pero el rey Marsil es mi gran enemigo. De semejantes palabras, las que acabáis de decir, ¿cómo podré fiarme?

-Tendréis rehenes -dice el sarraceno-. Diez, quince o veinte. Aunque él perezca, yo os traeré a mi hijo, y con él vendrán otros de más alta alcurnia. Cuando estéis de vuelta en vuestro palacio soberano, celebrando la gran fiesta de San Miguel del Peligro, allí os seguirá mi señor; él os lo asegura. Quiere ser hecho cristiano en vuestros baños que Dios hizo para vos.

Carlos responde: -Así, aún puede ser salvo.

## XI

Bello era el crepúsculo y claro el sol. Carlos hace llevar a los establos las diez mulas, y ordena alzar una tienda en medio del ancho vergel, para albergar a los diez mensajeros. Doce sargentos cuidan grandemente de sus servicios, y allí permanecen toda la noche hasta que apunta el claro día. Al alba se levanta el emperador. Oyó misa y maitines; se ha ido bajo un pino; convoca a sus barones a consejo. En todos sus propósitos quiere por guía a los de Francia.

## XII

El emperador se va cabe un pino, y para celebrar consejo convoca a sus barones: el duque Ogier y el arzobispo Turpín, Ricardo el Viejo y Enrique, su sobrino; el esforzado Acelino, conde de Gascuña, Tibaldo de Reims y Milón su primo. Vienen también Garín y Gerer, y con ellos, el conde Roldán, y Oliveros el esforzado y noble. De francos de Francia se juntan más de mil. Y entre ellos acude Ganelón, que haría la traición. Entonces comienza aquel consejo que tuvo mal fin.

## XIII

-Señores barones -dice el emperador Carlos-. El rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. De sus riquezas me quiere dar a manos llenas, osos y leones y lebreles listos para la trailla, setecientos camellos y mil azores ya salidos de muda, cuatrocientos mulos cargados del oro de Arabia, además de cincuenta carros. Pero él me pide que me vaya a Francia. Me seguirá a mi palacio de Aquisgrán y recibirá nuestra ley, que él reconoce ser la más santa. Será hecho cristiano y es de mí que recibirá sus provincias. Pero yo no sé cuál sea el fondo de su corazón.

-¡Desconfiemos! -dicen los franceses.

## XIV

El emperador dijo ya su pensamiento. El conde Roldán, que no acuerda con el rey, se yergue y comienza a refutarle, y le dice:

-¡Ay de vos si fiáis en Marsil! He aquí que ha siete años cabales nos vimos en España. Yo os conquisté Napal y Monubles. Yo tomé a Valtierra y las tierras de Pina, Balaguer, Tudela y Sevil. Y entonces el rey Marsil hizo gran traición: De sus infieles mandaba quince, cada uno con su rama de olivo, y todos os decían las mismas palabras. Tomasteis el consejo de vuestros francos. Asaz locamente fuisteis aconsejado. Enviasteis al infiel a dos de vuestros condes, el uno era Basán y el otro Basilio. Cerca de Peraltilla, en la montaña, tomó sus cabezas. ¡Proseguid la guerra según fue comenzada! Llevad a Zaragoza vuestras abanderadas huestes. Poned cerco a la ciudad, aunque esto dure toda vuestra vida, y vengad así a aquellos que el felón hizo matar.

## XV

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho, sin dar respuesta buena o mala a su sobrino. Los francos callan, fuera de Ganelón, que se yergue sobre sus pies y se acerca a Carlomagno. Muy altivo comienza su razón, diciendo al rey:

-¡En mala hora si hacéis caso al truhán, sea yo o quien fuese, que os hablare por vuestro bien! ¡Cuando el rey Marsil os anuncia que, las manos a Dios, se ha de trocar en siervo vuestro, y conservará a toda España como un don de vuestra gracia y que recibirá la ley que guardamos, a aquel que aconseje rechazar tales promesas, poco le importa, señor, de qué muerte hayamos de morir! Consejo que dicte el orgullo no debe prevalecer. ¡Dejemos a los locos, atengámonos a los sabios!

## XVI

Entonces se adelantó Naimón; no había mejor vasallo en la corte. Le dijo al rey:

-Habéis oído bien la respuesta que os dio Ganelón. Es sensata. Sólo falta seguirla. El rey Marsil en su guerra está vencido; habéis tomado todos sus castillos. Vuestras catapultas y sus piedras han roto sus murallas. Quemasteis sus ciudades y vencisteis a sus hombres. Hoy que os pide que lo recibáis en vuestra gracia, sería un pecado ir más lejos. Y puesto que él quiere ofrecer en garantía sus rehenes, esta gran guerra no debe ir más adelante.

-¡Bien habló el duque! -dicen los franceses.

## XVII

-Señores barones, ¿a quién mandaremos a ver al rey Marsil en Zaragoza?

El duque Naimón responde: -Yo iré si me dais licencia. Dadme en esta hora el guante y el bastón.

Dice el rey: -Vos sois hombre de gran consejo. Por estas barbas mías, vos no os alejaréis tanto de mí. Volved a sentaros, porque de nadie fuisteis requerido.

## XVIII

-Señores barones, ¿a quién podremos enviar al sarraceno que reina en Zaragoza?

Y Roldán responde:

-Yo puedo muy bien ir allá.

-Vos no iréis, ciertamente -dice el conde Oliveros- vuestro corazón es áspero y orgulloso. Vendrías a las manos, y de ello tengo miedo. Si el rey quiere, yo puedo bien ir allá.

El rey responde: -Callad los dos. Ni uno ni otro pondréis allí las plantas. Por estas barbas que veis aquí blancas todas, ¡mal haya quien me designe a uno de los doce Pares!

Los francos enmudecen, y quedan confundidos.

## XIX

Turpín de Reims se levanta, sale de la fila y dice al rey:

-¡Dejad en paz a vuestros francos! Siete años han morado con vos en esta tierra. Hartas penas han sufrido. Pero dadme, señor, el bastón y el guante, y yo iré a ver al sarraceno de España. Así conoceré cómo es el hombre.

Responde irritado el emperador: -¡Volved a sentaros en esa blanca alfombra! ¡Y no habléis más de ello, si no es con orden mía!

## XX

-Caballeros francos -dice el emperador Carlos-. Elegidme un barón de mi marca que pueda llevar a Marsil mi mensaje.

-¡Que vaya mi padrastró Ganelón! -dice Roldán. Y dijeron los franceses:

-En verdad, es hombre para ello. Fuera de él, no hallaréis otro más prudente.

El conde Ganelón se llena de angustia. De su cuello va quitándose las grandes pieles de marta, y se queda con la ajustada túnica de seda. Le brillaban los ojos, el semblante muy fiero. Noble es su cuerpo y ancho su pecho; es tan hermoso que todos sus Pares le contemplan.

-¡Loco! -dice a Roldán-. ¿Por qué tu frenesí? Recuerda bien que yo soy tu padrastró, y he aquí que me señalas para tratar con Marsil. Si Dios me concede que de allá vuelva, he de infligirte tal quebranto que dure mientras vivas.

Roldán responde: -¡Palabras de orgullo y de locura! Todos lo sabéis, no me curo de amenazas. Y si para tal mensaje es menester un hombre sesudo, y al rey le place, estoy presto. Yo iré allá en vuestro lugar.

## XXI

-Tú no irás en mi lugar -responde Ganelón-. Ni eres tú mi vasallo, ni soy yo señor tuyo. Carlos ordena que yo atienda a su servicio. Yo iré a Zaragoza y veré a Marsil. Pero antes que yo aplaque el gran enojo en que me veis, habré hecho alguna de mis tretas.

Roldán, al oírlo, se pone a reír.

## XXII

Quando advierte Ganelón que Roldán se le ríe, tiene tal pesar que a poco estalla de ira, y está a punto de perder los sentidos.

Y dice al conde:

-No os amo, a vos que habéis hecho recaer en mí elección tan contra justicia. Esclarecido emperador, heme aquí ante vos. Quiero cumplir vuestro mandato.

## XXIII

-Marcharé a Zaragoza -añade-, ya que hacerlo es preciso; bien lo sé. Pero quien allí va, no puede retornar. Sobre todas las cosas, acordaos que mi esposa es vuestra hermana. Un hijo me ha dado, el más hermoso que existe; es Balduino -dice- que será un valiente y a quien he legado mis tierras y mis feudos. Tomadlo bajo vuestra guarda, mis ojos no le volverán a ver.

-¡Tierno tenéis el corazón! -responde Carlomagno-. Pues os lo mando, iros ya.

## XXIV

-Ganelón -añade el rey: acercaos y tomad el bastón y el guante. Ya lo oísteis bien. Los francos te han elegido.

-Señor -dice Ganelón-. Todo lo ha hecho Roldán. En mi vida podré ya quererle. Ni a Oliveros, porque es su compañero, ni a los Pares, por el gran amor que todos le tienen. ¡Yo les reto ante vuestra presencia!

-Estáis asaz colérico -dice el rey-. Partiréis, puesto que es mi voluntad.

-Así lo haré. Mas sin nadie que me guarde, tal como Basilio y su hermano Basán.

## XXV

El emperador le tiende su guante, el de su mano derecha. Pero el conde Ganelón no hubiera querido estar allí. Cuando va a tomarlo, cae el guante al suelo, y los francos exclaman:

-¡Dios! ¿Qué señal es ésta? De este mensaje ha de veniros gran desgracia.

-Señores -dice Ganelón-, de ello oiréis las nuevas.

## XXVI

-Señor -añade Ganelón-, dadme ya vuestra licencia. Pues tengo que partir, no quiero retardarme.

-¡Id con licencia de Jesús, y con la mía! -dice el rey-. Y con la diestra le absuelve, haciendo la señal de la cruz. Y le da el bastón y el breve.